JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

8189

El pañolón de Manila

SAINETE EN CUATRO CUADROS

con música de los maestros

MARQUINA y VELA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

b

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elpaoIndemanilas1782marq

EL PAÑOLÓN DE MANILA

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1915, by José Fernandez del Villar.

EL PAÑOLÓN DE MANILA

SAINETE EN CUATRO CUADROS

DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

con música de los maestros

MARQUINA y VELA

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 4 de Mayo de 1915

MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.º
TELÉFONO NÚMERO 551

1915

A Julio Pellicer,

hermano del alma,

Pepe.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SEÑÁ PEPA	Clotilde Romero.
VICTORIA	Guadalupe Molina.
CORALITO	Carlota Paisano.
CARMELA	Candelas Riaza.
LOLA	Carlota Paisano.
PILAR	Luisa Quirós. (1)
MANUELA	Dolores Alba.
MARÍA	Josefa Fernández.
UNA FAENERA	Luisa Opellón.
TÍO MARIANO	Antonio García Ibáñez.
MANOLO	Francisco Puiggrós.
DON AMBROSIO	Tomás Codorniu.
SEÑOR PEPE, el encargado	Mariano Toha.
UN PESCADERO	Carlota Paisano.
UN CIEGO	Manuel Alares.
UN FLORERO	Pedro Rodríguez.
UN TRABAJADOR	José Vega.
VENDEDOR 1.º	José Sancha.
IDEM 2.º	Fernando Corona.
IDEM 3.º	José Vega
IDEM 4.º	Pedro Falagán.
ANTONIO (que no habla)	Manuel García.

Faeneras, chiquillas, trabajadores, carpinteros, mozas del barrio y coro general

---

La acción en Málaga.—Época actual

---

(1) La notable tiple Srta. Quirós, por deferencia a los autores, se encargó de este papel, inferior a sus merecimientos. Muchas gracias.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Portal de una casa modesta, que hace oficios de recibimiento, comedor y antesala. Al foro, una puerta grande con dos hojas practicables, y un forillo muy alegre representando un edificio vetusto y pintoresco de una calle andaluza. Al foro izquierda, una reja que comunica con la calle y que se cierra con dos puertas acristaladas, cubiertas por visillos de color. Al foro derecha, una mesa que sostiene una urna en cuyo interior se guarda el busto de un «Ecce Homo», muy adornado de pequeños «milagros» de plata. En la lateral izquierda, una puerta que conduce a un patio. En el centro de la escena, un velador cubierto con un paño de crochet, y encima una jarra sobre un plato de pedernal. Varias sillas y un sillón de enea, de madera blanca, repartidos convenientemente por la escena, completan el mobiliario de la estancia.

Es de día.

—

Al levantarse el telón aparecen sobre el velador dos tazones con café con leche y una fuente con cohombros. En una de las sillas una caja cuadrada, y dentro de ella, un soberbio pañolón de Manila bordado en colores.

SEÑÁ PEPA, una vieja rechoncha y descarada, hállase sentada en el sillón, cerca del velador, y moja un cohombro en uno de los tazones.

UN CIEGO y los VENDEDORES 1.°, 2.°, 3.°, y 4.°, canta y pregonan dentro.

UN PESCADERO entona su típico pregón en el foro, a la vista del público.

VICTORIA habla desde dentro, hacia la derecha.

611797

Música

Señá Pepa.
¡Victorita!
Victoria. Dentro. Mande usté.
Señá Pepa. Anda, que se va a enfriá
er café.
Victoria. Dentro.
¡Ya voy p'ayá!

—

Vendedor 1.º Dentro.
¡Tomates y limones
a sinco una perriya!
Vendedor 2.º Dentro.
¡Los huevos embarcados!
¡Los huevos de Melilla!

—

Vendedor 3.º Dentro.
¡Habichuelas y cardos!
Vendedor 4.º Dentro.
¡Marimoñas y nardos!

—

Señá Pepa.
¡Victoria!
Victoria. Dentro, enfadada.
¡Que ya voy, tía!
Señá Pepa. No te disgustes, mujé;
yo te lo digo porque
la leche con ná se enfría.

—

Victoria. Dentro.
¡Ya voy p'ayá!
Señá Pepa. ¡Bien está!

—

Un pescadero. Vestido típicamente y con los cenachos pendientes de los brazos.

Como la plata yevo
los boquerones;
sartando e los senachos
van los dentones.
Pescá y besugos,
güenas sardinas
yevo p'asalas
en las parriyas.
Atún sartando,

sarmonetes vivitos
y coleando.
Como la plata yevo
los boquerones;
sartando e los senachos
van los dentones. Vase.

—

Victoria. Es una muchacha joven y bonita. Sale por la derecha, con una bata de color claro.

Ya estoy aquí.

Señá Pepa. Una hora
hase que te estoy yamando,
y tú, roncando y roncando....

Victoria. ¿Roncando yo?

Señá Pepa. Sí, señora.
Anda, tómate er café,
que estará como la nieve;
o deja que me lo yeve
y te lo calentaré.

Victoria. No, señora. ¿Para qué?
Usté de aquí no se mueve.

—

Se oye dentro el sonido de un violín mal tocado.

Un ciego. Dentro, cantando.
Por ser hoy Santa Victoria
te vengo a felisitar;
echa una limosna ar siego
que Dios te lo pagará.

—

Victoria, que ha escuchado la copla mientras se tomaba el desayuno, se levanta y abre la ventana. En la calle aparece el CIEGO con un violín en la mano. Victoria le da unas monedas que recoge de sobre la cómoda.

Victoria. ¡Pobresiyo!

Señá Pepa. Sobrinita,
como les abras la mano
ya verás tú.

Victoria. Tenga, hermano.
Aquí estoy. Venga.

Un ciego. Tomando las monedas. Hermanita,
que Dios le pague y le dé
un puesto en su santa gloria;
la Virgen de la Victoria
vaya siempre con usté.

Victoria. Grasias, hermano. Cierra la ventana.
¡Infeliz!

Ya se olvidó de sus males.
Ese, tía, con dos reales
se considera feliz.

—

Un pescadero. Dentro, muy lejos.

Como la plata yevo
los boquerones;
sartando e los senachos
van los dentones.

Cesa la música, perdiéndose en la lejanía los ecos del violín del ciego.

Hablado

Señá Pepa. Descastá, descastá; entoavía no me has dao un beso.

Victoria. Levantándose y abrazando a Pepa con efusión. ¡Tía!

Señá Pepa. Que los tengas mu felises y que el año que viene te vea yo hecha una prinsesa.

Victoria. Suspirando. ¡Ay! Hecha una prinsesa...

Señá Pepa. Pos mira, no lo digas así, con ese aire tan triste, que to fuera que tú te dieras a partío... ¡y a vé!

Victoria. No quiero sé prinsesa. Me basta con viví siempre ar lao de mi tía, que es más güena que nadie.

Señá Pepa. Pero como por desgrasia yo no voy a ser eterna... ¿Me quiés desí quién te va a ampará er día que yo sierre el ojo? ¿Tu tío Mariano? ¿Cuando si logra reuní una peseta tié que nombrá un arministraó? ¿Tu prima Carmela? ¿Quién te quea, dí; quién velará por ti er día que yo me muera? Nadie.

Victoria. Nadie no, tía. ¿Y Manolo?

Señá Pepa. ¿Tu novio? ¡Várgame la Virgen! Pero, chiquiya, ¿tú piensas que tu novio, con cuatro pesetas de jorná, te va a tené siquiera ni la mitá de como yo te tengo? Pa comé a diario sopa de armejas y salí con un trapo atrás y otro alante, vale más quearse sortera toa la vía.

Victoria. ¡Ahí ve usté! Er queré no se fija ni en la ropa ni en ná. Hay unos ojos que quemen mirando, y se orvía tó. Y los ojos de Manolo, tía, me han quemao

Señá Pepa. Pos si lo sé, te aseguro de insendios.

Victoria. No lo tome usté a broma, tía.

Señá Pepa. Si te parece, yoraré. ¡Bendito Dió! ¡Bendito Dió! De pronto, en brusca transición. ¡Como güerva yo a

vé entrá aquí a tu tío Mariano con *La novela ilustrada*, lo echo roando a la caye.

Victoria. ¿Y qué tiene que ver tito con esto?

Señá Pepa. ¿Pos no es ér el que te trae esas historias que te están poniendo la cabesa como una oya e griyos? ¿No es ér el que se viene aquí pa hablá contigo der *Cabayero de la Muerte* y de *Los tres mosquiteros* y der *Vizconde de Bragelonne* y de las veintisinco mir pamplinas que vienen en esos papeluchos?

Victoria. No yeva usté rasón.

Señá Pepa. Pos si no fuea por eso, ¿no pensarías tú en tu porvenir, como es debío, y te convenserías de que seguí con Manolo es hasé oposisiones a pedí limosna? ¿Si no fuea por eso, tratarías tú como tratas a don Ambrosio, er cabayero más desente y más fino que ha parío madre?...

Victoria. ¡Ya salió aqueyo!

Señá Pepa. Ya salió aqueyo, sí, señora; porque debe salí, porque no sé si tú sabrás que mientras tu novio, a la hora que es, no ha venío a felisitarte ni a traerté siquiera una finesa, a las ocho de la mañana estaba aquí un moso, con ese regalo pa ti, de parte de don Ambrosio. Señala a la caja del pañolón, ¡A las ocho de la mañana!

Victoria. ¿Con un regalo pa mí?

Señá Pepa. Queriéndole ganar la voluntad. ¡Ahí lo tienes! Ábrelo y compara luego esa hermosura con la porquería que te traerá er *boqueras* de tu novio. ¡Ay, si yo te pudiera infundí un poquito, na má que un poquito de la prártica de la vía! Entrando por la puerta lateral izquierda. (Como no la conquiste er pañolón de Manila, me paese a mí que don Ambrosio se va a tené que comprá un *jipi*.) Victoria, al quedar sola, se levanta, dirige una mirada recelosa hacia la izquierda y se encamina rápidamente hacia el sitio donde se halla la caja del pañolón.

Victoria. ¿Un regalo pa mí? Dos golpes dados en la puerta del foro, la detienen a la mitad de su carrera. ¿Quién?

Tío Mariano. Dentro. Sobrina, sobrina de mi alma, soy yo.

Victoria. Con gran alegría va hacia la puerta del foro y la abre. ¡Tío Mariano!

Tío Mariano. ¡Hija de mi vida! Y un abrazo los une.

El TÍO MARIANO es un vejete pulcro y simpático. Viste un traje muy usado, de lanilla dulce, y hongo prehistórico de color de ala de mosca.

Victoria. Pase usté, pase usté. ¡Caramba, y que me alegra que haya usté venido!

Tío Mariano. ¿Y cómo podía yo faltar en un día como el de hoy?

Victoria. ¡Tía!

Tío Mariano. Imponiéndole silencio. ¡Chist! No yames a tu tía, que estoy con la digestión der desayuno y como la vea se me corta.

Victoria. ¡Siempre igual, tío Mariano!

Tío Mariano. ¿Qué quieres, hijita? Tu tía tiene la virtú de sentarme como la leche ensima der pepino.

Victoria. Pos no hay motivo. La tía Pepa...

Tío Mariano. ¡No me hables de la tía Pepa! En fin, a lo que he venido. Aquí te traigo tu regalito...

Victoria. Pero, tío Mariano, ¿para qué se ha metido usté en eso?

Tío Mariano. ¡Caya, tonta! ¿Tienes ahí donde me lave las manos? Sí; porque se puede manchar con cualquier cosa, y sería una lástima.

Victoria. Pero, por Dios, si conmigo siempre está usté cumplido...

Tío Mariano. Anda, anda; dime dónde me lavo las manos.

Victoria. Pase usté aquí a mi cuarto, que hay jabón y toaya. Pero es una fatiga; si usté no puede...

Tío Mariano. Cuando hay voluntá y cariño se puede todo. Ya verás, ya verás...

Entran los dos por la derecha.

Señá Pepa. Asomándose sigilosamente a la puerta de la izquierda. ¿Habrá visto ya er mantón? ¡Toma! Pero si no está. Entra en escena y dirige la vista hacia la caja. ¡Y la caja sin abrí! Pero, ¿en qué piensa esa criatura?

Victoria. Dentro. ¡Ay, Jesú, qué cosa más presiosa!

Señá Pepa. ¿Eh?

Tío Mariano. Dentro. ¿No te lo dije?

Señá Pepa. Poniendo un gesto de desagrado al oir la voz del Tío Mariano. ¡Er tifus!

Salen VICTORIA y el TÍO MARIANO: la primera trae en la mano una postal de fantasía.

Tío Mariano. Al ver a Pepa. (¡Er cólera!) Saludándola. Dios te dé muy buenos días.

Señá Pepa. Con mal modo. Dios te los dé a ti.

Victoria. Mire usté, tía; mire usté qué tarjeta más bonita me ha traído el tío Mariano. Enseñándosela. ¿Verdá que es presiosa?

Señá Pepa. A Victoria. (Te la ha traído para pedirte luego dos pesetas; y se gana seis reales. No te fíes.)

Tío Mariano. Oye, Victorita; supongo que habrás recibido un magnífico presente de tu tía Pepa. ¿Eh?

Señá Pepa. De su tía Pepa ha recibido lo que a ti no te importa.

Tío Mariano. A Victoria. (Sigue tan fina como de costumbre.)

Señá Pepa. ¿Qué habla tu tío Mariano?

Tío Mariano. Su tío Mariano habla lo que a ti no te interesa. (Si no se la devuelvo, reviento.)

Señá Pepa. Pos que no dé lugar er tío Mariano a que yo lo coja de una pata y lo tire a la caye.

Tío Mariano. ¿A mí de una pata? ¡Pepa!

Señá Pepa. ¡Mariano!

Victoria. ¡Vamos!

Tío Mariano. Más valía, señora, que en lugar de prestar ar siento por uno, se comprara usté un librito de urbanidá, que no cuesta más que una perra gorda.

Señá Pepa. Y más valía que, en lugar de venir a molestar en casas ajenas, se quedara usté en la suya con un botijo a los piés.

Tío Mariano. Yo vengo aquí a ver a mi sobrina, pasando por el sacrifisio de encontrármela a usté.

Señá Pepa. ¡Es usté un grosero!

Tío Mariano. Y usté... lo pase bien... Me voy, Victoria, porque no quiero comprometerme.

Señá Pepa. ¡Gayina!

Tío Mariano. ¡Señora!

Señá Pepa. Lloriqueando. Se atreve usté conmigo porque no tengo un hombre que me defienda, porque soy sola... ¡una débil mujer!

Tío Mariano. (¿Pos no dise que es débil?)

Victoria. ¡Vamos, tita! Pero, ¿qué ha pasao tampoco pa esto?

Señá Pepa. ¿No lo has oído? No le ha fartao más que pegarme.

Tío Mariano. (Y que ha estao en un tris que no lo haga.)

Victoria. Usté también, tito, se pone de una conformidá...

Tío Mariano. ¡La que se pone es eya! Pausa. Pepa sigue gimoteando. En fin, no ha estado en mi ánimo ofenderla. Comprende, Pepa, que yo, si *enfurruñao* dije alguna palabra que te pudiera molestar, la retiro. Bien sabes que...

Victoria. Vaya, vaya; esto se ha acabao. Dense ustedes un abraso, y peliyos a la mar.

Tío Mariano. A Victoria. (Sobrina, el abraso es superior a mis fuersas.)

Victoria. Ande usté, y usté, tita.

Señá Pepa. Si yo siempre lo he querido...

Tío Mariano. (Ver ahorcado.) Se abrazan.

Señá Pepa. (Lo extrangulaba.)

Tío Mariano. (La dejaba en er sitio.)

Victoria. Así me gusta. Pausa.

Señá Pepa. ¿Y qué hases, niña, que no le has sacao a tu tío una copita y unos durses?

Victoria. Es verdá.

Tío Mariano. (Digo, ¿eh? Si no la insurto, me pierdo er convite.)

Victoria. ¿Qué quiere usté, tío; vino o aguardiente?

Tío Mariano. Las dos cosas.

Señá Pepa. Sí, niña; tráete las dos cosas. (Er gorrón este bien sabe aprovecharse.)

Vase Victoria por la derecha.

Tío Mariano. (Con lo miserable que es, habrá que oír lo que piensa de mí en estos momentos.)

Entra CARMELA por el foro.

Carmela. Es una muchacha ingenua. Viste un modesto trajecillo de percal y mantón de crespón negro liso. ¡Güenos días!

Tío Mariano. ¡Carmela!

Carmela. ¡Tío Mariano! ¡Tia Pepa! Saluda a los dos afectuosamente. ¿Y Victoriya?

Señá Pepa. Ahora sardrá.

Carmela. Vengo na más que un momento a felisitarla y me voy en seguía.

Victoria. Saliendo con una bandeja con dulces, dos botellas y unas copas. Aquí está esto. Lo suelta todo sobre el velador. ¡Carmela!

Carmela. ¡Victoriya! Se besan. Mujé, que los tengas mu felises.

Victoria. Muchas grasias. ¿No te sientas?

Carmela. ¡Qué me he de sentá!

Victoria. Pero, mujé, toma un durse siquiera.

Carmela. Güeno, eso sí; tomaré un durse pa que no digas... Lo toma.

Tío Mariano. Con la boca llena. Carmela, ¿terminaste de leer *Er martirio de una madre?*

Señá Pepa. (¡Ya paresió mi burro!)

Carmela. Sí, señó.

Tío Mariano. ¿Y tú, Victoria?...

Señá Pepa. A Victoria no le hase farta leé novelas.

Tío Mariano. ¿Por qué, mujé?

Señá Pepa. Aluego se pasa las noches dando botes en la cama como un sigarrón, y to por causa de los marditos libros. ¡Déjame a la niña de historias!

Carmela. A Victoria. Y Manolo, ¿ha venío?

Victoria. No; toavía no ha venío.

Señá Pepa. A Victoria. Enséñale, niña, aquí a tu prima y a tu tío er regalo ese...

Victoria. Avergonzada ¡Tía Pepa!

Tío Mariano. A ver, a ver; que lo enseñe.

Victoria. Cortada. Pero...

Señá Pepa. Levantándose. O lo enseñas tú o lo enseño yo. ¡Pos no paese!...

Tío Mariano. Vamos a ver, vamos a ver.

Pepa abre la caja y saca de ella el pañolón de Manila. Gran admiración en todos cuando Pepa lo muestra desplegado.

Carmela. ¿Un mantón?

Tío Mariano. ¡Sambomba! Buen regalo es.

Carmela. ¡Presioso!

Tío Mariano. ¿Y quién ha podido?...

Señá Pepa. ¿No lo adivinais?

Tío Mariano. ¿Tú?

Señá Pepa. ¡Don Ambrosio! ¡Er dueño der armasén de mi niña!

Tío Mariano. ¿Don Ambrosio?

Carmela. ¡Don Ambrosio!

Victoria. (¡Qué vergüensa!)

Señá Pepa. Don Ambrosio, sí. ¿De qué os extrañais?

Carmela. No; de nada. (¡Don Ambrosio! ¡Si Manolo lo supiera!...)

Tío Mariano. Extrañamos la importansia del regalo. Un orsequio así, sólo se hase en pago de *argo* resibido o con la esperansa de conquistarlo.

Victoria. ¡Tío Mariano!

Señá Pepa. ¿Qué quieres desir con eso?

Tío Mariano. Lo dicho, dicho está. Yo creo que Victoria cumplirá con su deber y devolverá ese mantón a su dueño.

Victoria. Sí, sí, lo devolveré.

Señá Pepa. Nerviosamente. Pero, sepamos quién manda en esta casa.

Tío Mariano. En esta casa mandas tú; en la voluntá de Victoria, sólo eya.

Señá Pepa. Pos si en esta casa mando yo, ya puedes estar tomando la puerta con la intensión de no volver más por aquí.

Victoria. ¡Tía!

Carmela. ¡Tía Pepa!

Tío Mariano. Imponiendo silencio a sus sobrinas. Ese es otro cantar. Como dueña de tu casa, me echas y yo me

voy; pero ten bien entendido que a la menor presión que intentes ejerser sobre Victoria, te la ganas.

Pepa hace un movimiento hostil hacia el Tío Mariano y Victoria la detiene.

Victoria. ¡Tía!

Tío Mariano. Cogiendo dos pasteles de la batea y metiéndoselos en un bolsillo de la americana. Esto como recuerdo de mi úrtima visita.

Señá Pepa. ¡Gorrón!

Tío Mariano. Más vale ser gorrón que no lo otro.

Carmela. Al tío Mariano. Espérese usté, tío, que yo también me voy. A Victoria. (Quédate con Dios, mujé. Haz caso der tío Mariano y devuelve el mantón.) A Pepa. Tía Pepa, hasta otro día.

Señá Pepa. Vé con Dios.

Tío Mariano. Desde la puerta del foro. Er sábado, a las dose de la noche, me tendrás en la esquina para verte salir montada en la escoba. Haciéndole un mohín de profundo desprecio. ¡Ah!

Salen Carmela y el Tío Mariano.

Victoria. Sujetando nnevamente a su tía ante otro intento de acometida contra Mariano. ¡Tía!

Tío Mariano. En la calle y por la reja. ¡Guá! ¡Guá! Desaparece.

Pepa quiere comérselo y Victoria se lo impide.

Victoria. Snplicante. ¡Tía!

Señá Pepa. Hecha una furia. Por supuesto que bien empleao se me está. Si yo te aconsejé que hisieras caso a las pretensiones de ese cabayero fué por tu bien; porque er día de mañana tuvieras un porvenir. ¿No lo quieres? Mejó. Ahora, que como sigas encaprichá con ese carpinteriyo de los diablos, tu tía pa ti, como si hubiese muerto. ¡No te digo más! Como si hubiese muerto. *¡Requiescant in pase!* Se va como una leona por la puerta de la izquierda.

Victoria. Queda nn momento perpleja despnés de la marcha de su tía, y luego rompe a llorar, apoyando los brazos en el velador y ocultando el rostro entre las manos. ¿Qué he hecho yo, Padre mío? Pa esto, ¿qué he hecho yo?

MANOLO entra por la puerta del foro, y se sorprende al ver la actitud de Victoria. Es un muchacho expansivo, alegre. Viste traje de tanilla y sombrero cordobés. En la mano trae nn brazado de flores.

Manolo. ¡Victoria!

Victoria. Incorporándose y tratando de disimular. ¡Manolo!

Manolo. Soltando las flores sobre una silla. ¿Qué es eso? ¿Yorabas?...

Victoria. Turbada. No...

Música

Manolo. Dime cuál fué en este día
la causa de tus enojos;
dime por qué, vida mía,
hay lágrimas en tus ojos.
Dí por qué bajas, morena,
la frente cuando te miro;
y dime, por Dios, la pena
que te arranca ese suspiro.

—

Victoria. Tratando de disimular su disgusto.
Ni tengo penas ni enojos;
entra, Manoliyo, en carma;
que a veses yoran los ojos
sin que haya duelo en el arma.
Manolo. Me parcsió...
Victoria. No lo creas...
Manolo. No te hayé como otras veses;
y hoy quiero yo que tú seas
tan feliz como mereses.

—

Te he comprado ese ramo de flores
y con eyas el alma te doy.
¡Quién pudiera otras cosas mejores
ofreserte en el día de hoy!
Victoria. Cuando un novio a su novia agasaja
no hay orsequio ni pobre ni malo;
que una flor vale más que una alhaja,
si es un novio quien hase er regalo.

—

Manolo. Grasias, nena.
Victoria. Mirando el ramo.
¡Qué bonitas!
¡Qué colores
y qué olor!
Manolo. ¡En tu cara
sí que hay flores
con aromas
y color!

—

Victoria. Ven, que quiero en tu solapa
colocar este clavel.

Manolo. Orguyoso, por las cayes,
tu recuerdo lusiré.

Al aproximarse ve Manolo el pañolón de Manila.

Pero, dime lo que es esto.

Victoria. (¡Virgen santa!)

Manolo. Violento. ¡Pronto! ¡Di!
¿Para quién es esta prenda?
¿No respondes?

Victoria. Con timidez. Para mí...

Manolo. Es preciso que me expliques. .

Victoria. Es regalo de un señor,
que no guardo, que no acepto,
¡te lo juro por mi amor!

Manolo. ¡Es infame que me jures!

Victoria. Tú me ofendes.

Manolo. Rechazándola. ¡Quita ayá!
Vale mucho este regalo. Con ironía.

Victoria. Con decisión y arranque.
¡Mi vergüensa vale más!

Manolo. Con pena.
No pensé que tu pudieras
prepararme esta traisión.

Victoria. Aunque pienses lo que quieras,
yo rechaso ese mantón.

Manolo. Irónico.
¿Qué te importan ya mis flores,
si bordadas valen más?

Victoria. Para mí, son las mejores
las del ramo que me das.

Manolo. Arrojando las flores al suelo y pisándolas.
¡Nunca! ¡Nunca!

Victoria. Con desesperación. ¡Madre mía!

Manolo. ¡Mujer farsa!

Victoria. ¡No es así!
¡Yo te juro!... Suplicante.

Manolo. Yéndose por el foro ¡Te despresio!

Victoria. ¡Ven! ¿Qué intentas? ¡Ay de mí!

Al dirigirse Victoria a la puerta, detrás de Manolo, vacila y cae sobre una silla llorando. Telón rápido.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una calle. Es de día.

—

Al levantarse el telón aparecen PEPA y DON AMBROSIO hablando en el primer término derecha. Don Ambrosio es un señor de cincuenta años, lleno de arrestos viriles. Viste elegantemente. Pepa lleva puesto un vistoso mantón de espuma.

Señá Pepa. Con muchos aspavientos, a don Ambrosio, que la oye socarronamente. Sí, señó, sí, señó; que me empapelen si le engaño. Mi niña está ca día más colá con usté, y desde er regalo der mantón, no digamos. Lo que más ha sentío eya es estar mala y no haber podío ir a su armasén pa darle las grasias personarmente.

Don Ambrosio. ¡No sabes cuánto me intereso por la muchacha!

Señá Pepa. ¿No lo he de sabé? Y asín se lo digo a eya ca vez que viene a cuento.

Don Ambrosio. No trates de forzar su voluntad. Yo pretendo que ella me quiera por mí y no por el beneficio que mi cariño pueda reportarle. Y ahora, adiós. Saca la cartera del bolsillo, y de ésta un billete del Banco que entrega a Pepa. Toma. Esto para que le compres lo que necesite. No quiero que carezca de nada.

Señá Pepa. Tomando el billete. Dios se lo pague a usté, güen cabayero.

Don Ambrosio. Adiós, Pepa; que haya alivio.

Señá Pepa. Muchas grasias; muchísimas grasias, don Ambrosio. Vasa éste por la izquierda. Pepa mirando el billete con gran delectación. ¡Diez duros! ¡Sincuenta pesetas! ¡Es to un cabayero! Y la condená de mi niña, enjotá en despresiarlo. Porque ni está mala, ni quien tar vió. Lo que es que se le ha púesto en er moño no ir más al armasén, y ni arrastrá la yevan. Pero ar que tiene la curpa de to, a su tío Mariano, lo he de hasé porvo. To son los infundios de las novelas los que han hecho que mi niña esté así. ¡Ay, como yo coja a su tío Mariano; como yo lo coja, no le va a queá ni er peyejo! Vase por la izquierda. Por la derecha sale el TÍO MARIANO, seguido de las MOZAS DEL BARRIO. El Tío Mariano trae puestos un mandil blanco y un gorro de cocinero. Pendiente del cuello lleva una batea de madera con dulces y dentro de ella una rueda giratoria. Del brazo derecho le cuelgan

unos pies de madera en forma de equis, que sirven para colocar sobre ellos la batea. Las Mozas rodean al tío Mariano y éste pregona las excelencias de su mercancía.

Música

Tío Mariano. Pregonando.
¡Tortas de manteca!
¡Rico piñonate!
¿No hay quién me los compre,
que los doy de balde?

—

Mozas. Cante el tío de las tortas,
cante el tío su pregón.

Tío Mariano.
Voy al punto, pero exijo
un poquito de atensión.
¡Atensión!

Da vueltas a la rueda giratoria, y cuando ésta se para dice.

¡El 13!
¡Mal número!

—

A vuestros novios
podéis yevarles
un dursesito
que les agrade.

Mozas. ¿Cuál le yevamos?
¿Cuál ha de ser?

Tío Mariano. Aquí tenéis
donde escoger.

—

Todo es *durse* en mi persona
como ustedes ya verán;
el traje es de lana *durse*,
y *durse* tengo el mirar.
Miel son mis palabras,
mi boca un *piñón*,
y además tengo tres *boyos*....
en la tapa del reló.

—

Mozas. ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Qué atrosidá!
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Qué enormidá!

—

Tío Mariano.
Entre muchas mermeladas
de frutas en variedá,
le dije a Luz que escogiera
la que le gustase más.
Y eya en el instante
fué y me contestó:
que prefería la merme...
lada de melocotón.

—

Mozas. ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Qué atrosidá!
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Qué enormidá!
Quédese usté con Dios,
que no queremos na.
Tío Mariano. ¿Na?
Mozas. Que no queremos na.
Tío Mariano. ¿Na?
Mozas. ¡Na! ¡Na! ¡Na!
Cesa la música.

Hablado

Tío Mariano. ¡Tortas de manteca! ¿A quién le doy una torta? ¡El rico piñonate! ¿Quién quiere una acaramelada? ¡Cosa rica! Todo por sinco séntimos. ¡Que se va el tío! Desde que termina el número de música, las Mozas va haciendo mutis paulatinamente, sin bullicio ni algazara, hasta dejar solo al Tío Mariano. Que me... Volviendo la vista a su alrededor. ¡Que me han dejado solo! Como siempre. Está visto que mi porvenir no está en los dulses.

Sale MANOLO por la izquierda.

Manolo. ¡Tío Mariano!
Tío Mariano. ¡Manoliyo!
Manolo. ¿Usté con gorro?
Tío Mariano. Como «El Pastelero de Madrigal.» Hay que procurarse los garbansos. Y tú, ¿qué me cuentas? Hase un siglo que no te veo. Verdá que como no aporto por casa de mi sobrina...
Manolo. ¿Que no va usté por casa de Victoria?
Tío Mariano. ¡Digo! ¿Pos no te ha contao eya la ersenita der día de su santo?
Manolo. Por lo visto, usté no sabe que Victoria y yo, hemos terminao.
Tío Mariano. ¿Que Victoria y tú...?

Manolo. Sí, señó.

Tío Mariano. Me asusta oirte, Manolo. ¿Acaso crees tú que Victoria?...

Manolo. Mire usté, tío Mariano: yo no creo ni dejo de creé. Yo sólo sé que es mucha tía la tía de Victoria.

Tío Mariano. ¡Sí, que es mucha tía!

Manolo. La ha sonsacao pa que se deje queré de don Ambrosio, y pué mucho er sonío de sien duros.

Tío Mariano. Pos tú no eres hombre si te crusas de brasos y dejas corré la bola.

Manolo. Eya, si de verdá me quiere, sabrá lo que tiene que hasé. Además, yo trabajo como carpintero en el armasén de don Ambrosio, y si me pongo frente a ér, me juego er pan; y no er mío, que poco me importa, sino er de mi madre, que no tiene quien se lo gane más que yo.

Tío Mariano. La verdá que es argo comprometía tu situasión; pero aquí estoy yo pa arreglarlo to sin que peligre er *piri*. ¿Tú quieres a Victoria?...

Manolo. Más que a mi vía.

Tío Mariano. Victoria te quiere a tí.

Manolo. No, tío Mariano.

Tío Mariano. ¡Victoria te quiere a tí! ¡Lo sé yo! El único estorbo es la tía... Pos yo me sarto a la tía o pierdo la cabesa. ¡Manoliyo, fíate de mí! Antes de dos días, Victoria está en tus brasos.

Manolo. Tío Mariano, si eso fuera verdá se meresía usté un trono.

Tío Mariano. Con que me desempeñes la capa, me contento.

Manolo. Déla usté por desempeñá.

Tío Mariano. Estrechando la mano de Manolo con efusión. ¡Eres un hombre!

Manolo. ¿Nos veremos?

Tío Mariano. Esta tarde.

Manolo. Pos... ¡hasta la tarde!

Tío Mariano. Adiós, Manolo. Vase Manolo por la derecha. Me las va a pegar toas juntas la tía Pepa. Y si logro matarla der dijusto, me compro unos paliyos. Pregonando. ¡Tortas! ¡Ar cabeyo de angel! ¿No hay quién me tome er cabeyo? ¡Que se va er tío! Vase por la izquierda. Telón.

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primer cuadro. Es por la tarde.

—

Al levantarse el telón aparece VICTORIA sentada junto a la ventana, cosiendo. En la calle las CHIQUILLAS cantan en corro. UN FLORERO pregona.

Música

Chiquillas. Dentro.

Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquita y bonita,
¡ayayay!
chiquita y bonita,
con un muchachito,
con un muchachito
que yo no quería,
¡ayayay!
que yo no quería,

—

Victoria.

Serrano,
yévame tú de la mano
a la Virgen de Dolores,
pa que la Virgen se entere,
de que tu nena se muere
enferma der mar de amores.

—

Florero. Dentro.

Como la nieve, tan blancos,
yevo jarmines de oló,
las asusenas y nardos.

—

Victoria.

¡Maresita mía
mira tú si es pena,
querer como estoy queriendo
pa que luego no me quieran!

—

Chiquillas. Dentro.

Me casó mi madre, etc.

Cesa la música.

Hablado

Carmela. Asomando la cabeza por la puerta del foro. ¿Victoria?

Victoria. ¿Quién?

Carmela. Soy yo. ¿Estás sola?

Victoria. Sola estoy.

Carmela. ¿Y la tía Pepa?

Victoria. Se acostó hase un ratiyo.

Carmela. ¿Duerme?

Victoria. Creo que sí.

Carmela. Entonses entro. Entra.

Victoria. Pero, ¿qué pasa?

Carmela. Na, cáyate. Manolo quiere verte.

Victoria. ¿Manolo?

Carmela. Quiere hablar contigo.

Victoria. ¿Conmigo pa qué?

Carmela. Yo creo que pa preguntarte por la tía no será.

Victoria. Pero...

Carmela. Venía yo pa acá, y en la esquina e la caye me trompesé con er. Er salúo: ¿cómo estás? bien ¿y tú? los niños güenos, y en seguía, como un escopetaso, se me abre en crú y me dise: «Yo quiero hablá con Victoria ahora mismo, y si no hablo me voy ar sementerio y me pego un tiro. De ti depende.» Yo me quedé mortá. De un lao pensaba er susto que se iba a yevá er guarda der camposanto si Manolo hasía lo que pensaba; de otro, me daba compasión verlo yorá, porque estaba yorando, y ¿qué quieres? Yo no sirvo pa estas cosas. Le dije que se viniera conmigo y ahí está en la puerta, esperando la lisensia pa entrá o la esquela mortuoria. Con que tú dirás. Después de to, na tiene de particulá que entre y hable contigo.

Victoria. Pero ¿tú crees que yo he perdío la vergüensa pa gorvé a armití a un hombre que me despresió y que se atrevió a dudá de mí?

Carmela. Mujé, un pronto cuarquiera lo tiene... Anda, yo le voy a desí que entre.

Victoria. No, Carmela, no.

Carmela. ¿Por qué, mujé? Sí, que entre y se explique; y mientras habla contigo, yo estaré ar cuidao por si se despierta la tía. Sí, tú verás. Se asoma a la puerta del foro. ¡Manolo!

Victoria. ¡Carmela!

Carmela. Con gravedad cómica. Er choque es inevitable, como disen en er *sine*. Ahí sus dejo. Entra por la derecha.

Victoria. ¡Dios mío!

Música en la orquesta.

Manolo. Entra por el foro y avanza hacia Victoria, intentando abrazarla. ¡Victoria! ¡Victoria mía!

Victoria. Rechazándolo. ¡Vete! ¡Vete, Manolo! No debo oírte, no has debío venir más a verme.

Manolo. ¿Y por qué? Si en un momento yegué a orvidarme de to.. ¡hasta de ti! perdóname... o mátame, si quieres; pero mátame con tus ojos, cara a cara, y no me dejes morir orvidao y solo, porque la pena de no verte es mayor que la pena de tu despresio.

Victoria. Palabras, palabras; nunca te fartaron. Primero la puñalá, luego la súplica. No, Manué, ya es tarde. Pa borrá en mí er recuerdo de tu arsión fuera presiso nasé de nuevo. Vete... y orvía.

Manolo. ¿Quieres que haga lo que tú no has sabío hasé? ¡Orvía! Orvío te pido yo... ¡y ya ves! Mírame, Victoria, mírame. Soy yo; Manué, tu Manué, er primero que supo poné fuego en tus ojos y alegría en tu pecho. ¡Mírame!

Victoria. Eso era antes. Ahora sólo queda en mí er recuerdo de tu viyanía.

Manolo. Bórralo.

Victoria. Borra primero tu arsión.

Manolo. Si con la vía pudiera borrarla, ni gota e sangre quedaría en mis venas.

Victoria. Palabras.

Manolo. ¡Palabras, no! Y pa probártelo, yo te juro, Victoria, que me mato ¡Por mi madre que sí! Si no me quieres, ¿qué me importa la vía?

Victoria. Tos disen lo mismo.

Manolo. Pero yo lo hago.

Victoria ¿Tú?

Manolo. Jurando. ¡Míralas!

Carmela. Saliendo por donde se fué. Aire, aire. A Manolo. Tú, ahueca; que viene la tía.

Manolo. Tú dirás, Victoria.

Victoria. ¡No pué sé!

Manolo. Entonces... ¡adiós pa siempre! Vase por el foro.

Cesa la música en la orquesta.

Carmela. ¡Vamos! ¡Que viene! Dejarlo pa luego.

Victoria. ¡Y se va!... ¡Se va! Y es capaz de haser lo

que dise... ¿Y yo he de consentirlo? ¿yo que me muero por él? No, nunca. Carmela, corre, piya a Manolo, dile que no se mate, que yo lo quiero. ¡Anda, mujé!

Carmela. Pero, hija, ¡miá que tienes agayas! ¿No se lo has podío decir tú misma?

Victoria. No pierdas tiempo; que se va, que se mata... ¡Anda, mujé!

Carmela. Yéndose por el foro. ¡Bendito Dió! ¡Cuidao con la criatura! ¡Eh! ¡Manolo! ¡Manolo! ¡Espera! ¡No te tires! ¡No te tires!

Victoria. Asomada a la ventana. ¡Lo arcansó! Descansa, corasón, descansa.

Señá Pepa. Saliendo por la derecha con un mantón puesto. Pero, ¿qué gritos son esos?

Victoria. Na, tía.

Señá Pepa. Me paresió que estaba aquí Carmela.

Victoria. Y aquí estaba. Lo que es que ha salío un momento, pero güervé en seguía. Entra CARMELA por el foro. Ya está ahí.

Carmela. Hola, tía Pepa. ¿Cómo está usté?

Señá Pepa. Regulá, na más que regulá. En cuanto yega el invierno, er reuma empieza a fastidiarme. ¿Y tú? ¿Y tus hijos?

Carmela. Tos tan güenos. Mi casa es er Paraíso Terrená.

Victoria. A Carmela. (¿Qué te ha dicho?)

Carmela. A Victoria. (¡Cáyate, mujé! De la alegría que le entró, me quería da un abrazo. ¡Pa que lo hubiera visto mi marío! He pasao un rato...)

Señá Pepa. ¿Secretitos tenemos?

Carmela. No, tía Pepa.

Señá Pepa. ¡Vaya! Está mu bien.

Victoria. A Carmela. (Contigo está escamá siempre.)

Carmela. A Victoria. (Pos que se fastidie.)

Señá Pepa. Güeno; yo ví a salí un momento, pero güervo en seguía. Si viene arguien a buscarme, que se siente y se espere. A Victoria. Y si viene tu tío Mariano, le tiras una maseta... Victoria hace un movimiento negativo. ¡Le tiras una maseta, porque si no se la tiras tú, se la tiro yo, en cuanto güerva, y le ví a hasé más daño!... Quearse con Dios. Medio mutis. ¡Ah! Victorita; date unas güertas por la cosina, se vayan a pegá las coles. Quearse con Dios.

Abre la puerta del foro y aparece CORALITO; una muchacha lujosamente vestida a la última moda. Pepa queda sorprendida.

Coralito. Usted dispense, señora... ¡Calla! Pero, si es

la misma. ¡Señá Pepa! Abrazándola. ¿No me conoce usted?

Señá Pepa. No caigo.

Coralito. Reparando en Carmela y en Victoria, que la miran absortas. ¡Carmela! ¡Victorilla! ¿Cómo estáis?... ¿Tampoco ustedes?... ¡Coral! ¡Coralito! ¡La hija de la Paca!

Victoria. ¿Coralito?

Carmela. ¡Chiquiya! ¿Quién te había de conoser? La abrazan.

Señá Pepa. ¿Coralito? Pero, ¿ésta es la misma que andaba por aquí, poco menos que encueros?

Coralito. La misma, señá Pepa.

Señá Pepa. ¡Bendito Dió! ¡Claro! ¿Cómo querías que te conosiéramos así, que pareses una reina.

Victoria. Pero, siéntate, mujé, y cuéntanos.

Carmela. Sí, hija; que sepamos...

Coralito. Poco rato tengo para sentarme, pero, en fin, me quedaré un poco con ustedes, que así como así ya tenía yo ganas de volver a estar con mis buenas amigas. Victorilla, estás más guapa...

Victoria. Mujé...

Coralito. Con permiso de ustedes voy a decirle al *chauffer* que se marche. Me iré andando o tomaré un coche en la parada. Asomándose a la puerta del foro. ¡Dufour!

Señá Pepa. (¡Con *otromóvis!* Pero, ¿dónde habrá escarbao esta chiquiya?)

Coralito. *Vous pouvez partir... Merci... Je n'ai pas besoin de rien.*

Señá Pepa. (¡Y habla franchute!) Oye, Coralito...

Coralito. Volviendo al centro de la escena y sentándose. Pues, sí; vine a ver a mi madre y me acordé de que vuestra casa estaba por aquí cerca, y me dije: No quiero marcharme sin saludarlas. Y por eso he venido.

Victoria. Has hecho bien; nosotras nos hemos alegrao mucho de verte.

Coralito. Carmeliya, estás más gorda.

Carmela. Eso dicen.

Coralito. ¿Te casaste?

Carmela. Ahora va pa tres años.

Coralito. ¡Ah! ¿Con que te casaste? ¿Y tienes muchos hijos?

Carmela. Dos tengo... y lo que Dios quiera.

Coralito. ¿Dos, y ahora va para tres... años? Pues di que tu marido no se descuida. ¿Con quién te has casado?

Carmela. Con mi novio, con el que tú conosías: Paquiyo el Sereno.

Coralito. ¡Ah! ¿que es sereno tu esposo? Pues si llega a ser municipal, no te arriendo la ganancia.

Carmela. Er pobre es muy güeno y muy trabajador...

Coralito. Siendo así...

Carmela. ¿Y tú? Por lo visto, terminaste con Tomás el ebanista...

Coralito. ¡Uh! Aquello pasó á la historia. Una nube de tristeza empaña su semblante, y queriendo disimular, le da una palmadita cariñosa en el muslo a la señá Pepa. ¡Señá Pepa!

Señá Pepa. Que desde el comienzo de la escena no ha quitado ojo de los pendientes de Coralito. Dime, niña; ¿esos sarsiyos son güenos?

Coralito. Buenísimos. Comprados en París, en el Boulevard de la Magdalena. Catorce mil francos.

Señá Pepa. ¿Catorse mir francos?

Coralito. Catorce mil pesetas, vaya.

Señá Pepa. ¡Azúcar!

Victoria. Mirándolos. ¡Son presiosos!

Carmela. Idem. ¡Y qué bonitas luses tienen!

Coralito. Aquí están a vuestra disposición.

Victoria. ¡Caya, hija!

Carmela. Esas cosas no se ofresen.

Señá Pepa. A Victoria. Así podrías tú tenerlos.

Coralito. ¿De veras, Victorilla?

Victoria. Avergonzada. ¡Cosas de mi tía! Echando la conversación por distinto sendero. Cuéntanos, Coral, cuéntanos algo de tu vida. Nosotras supimos por tu madre que te habías ido a Madrid... no sabemos con quién.

Coralito. Con mi señorito. No es un secreto para nadie, ni yo pretendo ocultarlo.

Victoria. Nosotras creíamos...

Coralito. Mira, Victoria; yo eché mis cuentas y me dije: —Casándome con Tomás no tengo otro porvenir que trabajar como una negra, que es la de *tos* los pobres, y, en cambio, yéndome a Madrid con el señorito, ¡quién sabe si me espera la fortuna!

Señá Pepa. La mía, la mía; a ésta Por Victoria. se lo digo siempre.

Carmela. Pero es que entre Tomás y tu señorito había mucho de por medio.

Señá Pepa. Sí, mucho. Ya lo estás viendo; de ir con arpargatas y un pañoliyo a la cabeza, a yevá sapatos de charó y sombrero de *plusmas*. ¡Ay, hija mía, tam-

bién eres tú de las que leen las novelas der tío Mariano! Sigue, Coralito, sigue. A Victoria. Y tú, escucha. A Coralito. Has venío como enviá por Dios. Sigue.

Coralito. ¿Qué se podía decir de mi señorito? ¿Que era viejo? ¿Y qué?

Señá Pepa. La mía, la mía.

Coralito. Que era viejo, pero tenía mucha plata, y en este mundo el dinero es lo que sirve. Me fuí con él; se murió al año de estar conmigo y me dejó todo su caudal. Hoy vivo mejor que quiero; tengo coche, automóvil, ¿qué más puedo apetecer?

Carmela. To no consiste en er dinero, Corá. Hay argo que vale más que to, y que cuando se pierde...

Coralito. ¡Carmela!

Señá Pepa. ¡Esta niña!... ¿Quién te mete a ti en camisas de onse varas? Ca uno hase lo que tiene por conveniente y nadie es quién pa criticarlo.

Carmela. Pa criticarlo, no; pa sentirlo, sí.

Coralito. Dulcemente. Carmela...

Victoria. ¿Y eres feliz, Coralito?

Coralito. ¿Feliz? Si la felicidad consiste en tener cuanto los ojos vean—¿por qué no decirlo?—soy feliz.

Dan cinco campanadas en un reloj de torre.

Señá Pepa. Levantándose. ¡Josú, las cinco! Yo, con tu permiso, Coralito, voy a un mandao y güervo en seguía. Espérame.

Coralito. Yo también me voy. Es tarde.

Victoria. ¿Dónde vas tan pronto, mujé? Si mi tía viene en seguida. Estáte otro poquito.

Señá Pepa. Sí, quédate. A Coralito. (Y a ver si me pués meter a la niña por verea.)

Coralito. A Pepa. (Pero...)

Señá Pepa. A Coralito. (Ya te contaré.) Carmelita, ¿no será mu tarde pa ti?

Carmela. No, señora. Mi Paco no va hasta las siete a comé, y los niños se han quedao con la casera.

Señá Pepa. (La condená va a estropeá er negosio.)

Carmela. (En seguía dejo yo a mi prima sola con esta *dama de las camelias.*)

Señá Pepa. Güeno, hasta ahora. Quearse con Dios.

Coralito. Vaya usted con Dios, señá Pepa.

Victoria. Hasta luego, tía.

Señá Pepa. Marchándose por el foro. (¡Ay, si yo pudiera ve a mi Victoria de estas hechuras!)

Hay una pequeña pausa. Las tres mujeres permanecen pensativas.

Carmela. Dulcemente a Coralito. ¿Estás dijustada conmigo?

Coralito. ¿Por qué, tonta?

Carmela. No quise ofenderte...

Coralito. Después de todo llevabas razón. Hay algo que vale más que el dinero, porque con dinero no puede comprarse.

Victoria. Ansiosamente. Y es...

Coralito. Cariño.

Carmela. A Victoria. ¿Lo oyes?

Coralito. Tal vez no me creeréis, pero la idea de mi venida a Málaga, ha sido, no tanto por ver a mi madre, como por ver...

Carmela. ¿A Tomás?

Coralito. Sí; a Tomás.

Victoria. ¿Quieres a Tomás todavía?

Coralito. Lo quise siempre. Y todavía lo quiero. ¿Véis este lujo, estas alhajas?... Pues todo lo daría con gusto por volver a aquellas noches en que ese hombre, me hacía olvidar en la reja hasta la vida misma. Pausa.

Victoria. Se casó Tomás.

Coralito. Lo supe; pero hasta que ayer lo vi con su mujer y sus hijos, no pude comprender todo lo que he perdido. Llora.

Carmela. ¿Yoras?

Victoria. Acariciando a Coralito. ¡Coralito!

Carmela. Déjala que se desahogue. Y yo que te creía mala... A Victoria. Ahí lo tienes; las riquesas, er lujo... ¡to mentira! La vida es trabajo y sufrimiento, pero cuando hay cariño, el trabajo y los sufrimientos se güerven alegrías.

Coralito. ¡Qué verdad tan grande!

Victoria. Coralito, ¡Dios te pague el bien que me has hecho! ¡Y yo que empesaba a envidiar esa vida!

Tío Mariano. Asomando por la reja. ¡Victoria! ¡Victorita!

Victoria. ¡Ay, el tío Mariano!

Carmela. ¡Tío Mariano!

Tío Mariano. ¿Anda suelta la pantera?

Carmela. No, ha salío. Pase usté un momento, si quiere.

El tío Mariano se aparta de la reja.

Coralito. Levantandose. Yo me voy.

Victoria. ¿Te vas?

Coralito. Sí, ya es tarde. Despedirme de vuestra tía.

Carmela. Mira que mi tío es de confiansa.

Coralito. Si no es por eso, mujer. Ya vendré otro

diíta por aquí. Adiós, Carmela. Un beso a tus chiquillos, que aunque no los conozco...

Carmela. A ver si vas un día por mi casa.

Coralito. Puede que vaya. ¿Tú sigues viviendo donde antes?

Carmela. Sí; en la caye e los Cristos.

Coralito. Haré por ir. Descuida. Victoria...

Victoria. Adiós, Coral.

Coralito. Que sigas tan guapa, y no pienses locuras. A tu tía le dices que no me he podido esperar más.

Victoria. Se lo diré.

Abre la puerta del foro Coralito, y aparece el TÍO MARIANO, quien, al verla, se descubre rendidamente. El tío Mariano viste como en el primer cuadro y trae en la mano tres tomos de «La Novela Ilustrada».

Coralito. Saludando. Caballero...

Tio Mariano. Señora... ¡a los pies de usté!

Coralito. Beso a usted la mano. Quedad con Dios, niñas.

Carmela. Adiós, Coralito.

Victoria. Que vengas por aquí.

Coralito. Adiós. Vase.

Tío Mariano. ¡Repámpano! ¿A qué ha venido aquí esa portada de *La Hoja de Parra?*

Carmela. Es una amiga.

Tío Mariano. ¿Una amiga? No pude sospechar en vosotras tales amistades. En fin, A Victoria. aprovechando la ausencia del *foxterrier* de tu tía, te traigo una novela maraviyosa: *Las dos Dianas.*

Victoria. ¡Ay, tito! Dificiliyo va a ser el que yo la lea; la tía no me deja ni a sor ni a sombra.

Tío Mariano. ¡Ah! Pues tienes que leerla. Es presiosa. Olfateando. Tenéis coles; ya se nota por el olor. Y se deben estar pegando, porque huelen que rabia. ¡Uf!

Victoria. ¡Ay, que se me ha orviao darle güertas! Con la visita... Vase corriendo por la derecha.

Carmela. Vamos a ver, tío Mariano.

Tío Mariano. Tú dirás.

Carmela. ¿Se atreve usté a que mañana vayamos usté y yo a hablar con don Ambrosio er del armasén?

Tío Mariano. ¿Qué intentas, sobrina de mi alma?

Carmela. Pisarle un pie a la tía Pepa.

Tío Mariano. ¿Se trata de haserle daño a la tía Pepa? Cuenta conmigo.

Carmela. Como nos sarga bien, hemos solusionao er conflirto.

Victoria. Saliendo por donde se fué. Tostás. Un jarro de agua he tenío que echarles.

Señá Pepa. Entrando por el foro. Ave María. ¿Se ha ido Coralito?

Tío Mariano. (¡Santo Dios! Ábrete, tierra, y trágame.)

Victoria. (¡Jesús!)

Carmela. (¡La tía!)

Tío Mariano. (¡Ahora me monda!)

Señá Pepa. Pero, caya... Está aquí el tío Mariano. Mu bonito. A sus sobrinas. No me habéis hecho caso. ¡Os dije que le tirárais una maseta! ¿No habéis querío haserlo? Lo haré yo. Va a coger una maceta de sobre el velador y ve la novela.

Tío Mariano. ¡Pepa!

Victoria. ¡Tía!

Carmela. ¡Tía!

Señá Pepa. Pero, ¿qué es esto? ¿Otra novelita?

Tío Mariano. *¡Las Dos Dianas!*

Carmela. Esto es peor.

Victoria. Ahora verás.

Señá Pepa. ¿Es que aquí hablo yo en griego? ¿Cómo te voy a desir que no quiero que Victoria lea novelas?

Tío Mariano. Mujer, yo..

Señá Pepa. Tú verás si así aprendes. Intenta romper la novela.

Tío Mariano. Con exaltación. ¡Pepa! ¡Pepa, por Dios! ¡No me toques *Las Dianas!*

Señá Pepa. ¿Qué no te toque a diana? Ahora verás. Furiosamente rompe la novela en mil pedazos.

Tío Mariano. Lívido. ¡Infame!

Victoria. Conteniendo a su tío. ¡Tío!

Carmela. ¡Tío!

Tío Mariano. Forcejeando. ¡Dejarme! ¡Dejarme! ¡Los mismos pedazos que haya hecho de la novela, he de haser yo de su cuerpo! Apartándose violentamente de sus sobrinas, se dirige a Pepa y la coge del moño, forcejeando con ella hasta arrancárselo. ¡Sortarme!

Señá Pepa. Gritando como loca. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Cae desmayada en una silla.

Tío Mariano. En la actitud de Yago en el final del tercer acto de «Otelo» y mostrándoles a Victoria y Carmela el peludo trofeo, ¡Se lo arranqué! ¡Vengao! ¡Vengao!

Telón rápido.

MUTACION

CUADRO CUARTO

Barracón de grandes dimensiones, construido al solo objeto de guarecer a los obreros y a los frutos de la lluvia y del sol. Grandes palos sirven de armadura a esta construcción, que estará cubierta con esteras de esparto. Se ve perfectamente el fondo del escenario, donde se extiende el mar, sobre cuya superficie se ven ancladas algunas embarcaciones.

Es de día.

—

Al levantarse el telón aparecen en escena LOLA, PILAR, MANUELA, MARÍA, UNA FAENERA, SEÑOR PEPE (el encargado), UN TRABAJADOR, FAENERAS, TRABAJADORES, CARPINTEROS y C..RO GENERAL. Las mujeres están sentadas en sillas de enca, teniendo cada cual a su lado una caja de las que sirven para el embalaje del fruto y un gran serón de esparto donde se contienen las naranjas que van sacando rápidamente y envolviéndolas en un trozo de papel transparente, para luego depositarlas en la caja aludida. Algunas faeneras se levantan, entran y salen, conduciendo ya montones de papel, ya frutas averiadas, que tiran en un rincon. Estas obreras visten el traje popular de la mujer andaluza. Algunas tienen pañolillos de talle, y no pocas, flores y lazos en la cabeza.

Música

Señor Pepe. En el foro, tirándole una naranja a una faenera que está en primer término.

Oye tú, chiquiya,
ten mucho cuidao,
porque esta naranja
viene ya picá.

Una faenera. Cogiendo la naranja en el aire y tirándola a un rincón.

Yo no tengo curpa,
señor encargao;
eso será cosa
de la Soleá.

—

Un trabajador. Dentro. ¡So, mula!

Otro. En escena.

¡Enrique!

Otro. Dentro. ¡Ya voy!

Otro. Dentro. ¡Coronela!

Otro. En escena, recogiéndole una caja a uno de los carpinteros. Trae p'acá.

Señor Pepe.
¿No han venío por er fruto?

Un trabajador.
No han venío.

Señor Pepe. Bien está.

Un trabajador. A otro.
Tú, dame esa caja.

Señor Pepe. A Manuela.
Manuela, trabaja.

Manuela. Si estoy derrengá.

Señor Pepe. No has hecho en to er día
na más que cantá.

Manuela. Yo no, fué María.

María. Yo no, fué Pilar.

Pilar. Señó, ¡qué manía!
¿Y es malo, quizá?

—

Quien canta
su pena espanta
dise la copla,
y pa espantá las mías
canto a toas horas.

—

Un trabajador. Dentro, cantando.
Toma, niña, esta naranja
que la arranqué de tu huerto;
ten, por Dios, cuidao con eya,
que va mi corasón dentro.

—

Señor Pepe. Otro que canta.

Pilar. Otro que sus peniyas
también espanta.

—

Señor Pepe. Yéndose por la derecha. Sarvaó, menos coplas y más trabajo.

—

Coro. El cantar al trabajar
es cosa de Andalusía,
porque cantando parese
que el trabajo no fatiga.

—

Cantamos cuando amanese
cuando anochese cantamos,

y nos pasamos la vía
siempre cantando.

—

Carpinteros. Acompañándose con los martillos.

Pa trabajo este,
dale que le das;
la yema e los deos
la tengo cuajá.

—

Coro. Una mijita e baile
nos convendría,
ahora que el señor Pepe
no está a la mira.

—

Un trabajador. Loliya, venga de ahí.

Lola. Dispuesta a bailar. ¡Más vivo! Pero no armar mucho jaleo con las parmas.

Todos abandonan el trabajo y forman corro, dejando a Lola en medio.

Un trabajador. ¡Vamos a verlo!

—

Lola. Si sabes, niño, cuanto te quiero,
no pases pena ni yores tanto;
si estás seguro de mi cariño,
no sé a qué viene todo ese yanto.
Anda y no seas tonto,
anda y no seas lila,
y ponte tú alegre
pa darme alegría.
Porque desde que estás triste
lanso suspiros ar viento
y riego con yanto mío
las floresiyas der huerto.

—

Baila, y todos jalean con gritos y palmas. Dentro suena una campana y vuelve a salir el SEÑOR PEPE.

Señor Pepe. A armorsá, que ya es la hora.

Unos. Hasta luego.

Otros. Hasta después.

Van desfilando todos.

Coro. Mientras se aleja.

El cantar al trabajar
es cosa de Andalusía,
porque cantando parese
que el trabajo no fatiga.

—

Cantamos cuando amanese,
cuando anochese cantamos,
y nos pasamos la vía
siempre cantando.

Hablado

Queda la escena sola. Por el foro derecha aparecen CARMELA y el TIO MARIANO.

Tío Mariano. Aquí es.

Carmela. Sí; aquí es.

Tío Mariano. Tú, en cuanto veas que me fartan palabras, tomas la palabra. ¿Palabra?

Carmela. Descuide usté. Este paso me cuesta la enemistá de la tía Pepa pa siempre.

Tío Mariano. ¡Toma! Y a mí me cuesta un pasaje pa Buenos Aires, porque como me quede aquí, aquí me quedo. El primer gorpe no hay quién me lo quite.

Carmela. ¡Caye ustél Me parese que ahí sale don Ambrosio.

Tío Mariano. ¿Que sale? Compostura, niña. Mucha finura en el saludo. Prepárate.

Carmela. ¡Ya está ahí!

DON AMBROSIO sale por la izquierda, abstraído en la lectura de un pliego, y no ve a los presentes. El tío Mariano se quiebra en fuerza de saludos y ceremonias, sin lograr llamarle la atención.

Tío Mariano. A Carmela. (¿Te parese que tosa? Por más que eso de toser está mal visto.

Carmela. Er caso es yamarle la atensión.

Tío Mariano. Sí, pero con finura. A estas personas hay que tratarlas con mucha finura.

Carmela. ¿Por qué no se suena usté?

Tío Mariano. ¡Vamos! ¿No te digo que esto hay que haserlo con finura? Ahora verás. Saca un pañuelo y lo agita en el aire, sin que don Ambrosio advierta nada.

Carmela. Si se la han dao ya.

Tío Mariano. ¿Er qué?

Carmela ¡La oreja!

Tío Mariano. ¡A ver si te cayas!) Adelantándose poco a poco y sombrero en mano hasta donde está don Ambrosio. ¡Eh! ¡Eh! Cada vez lo va diciendo más fuorte, hasta llegar al mismo oído de don Ambrosio y lanzar un ¡eh! terrible que hace que el caballero dé un salto.

Don Ambrosio. Sorprendido. ¿Quién va?

Tío Mariano. A Carmela. (¿Ves tú? ¡Finura!) Haciendo

una profunda reverencia ante don Ambrosio. Servidor de usté. A Carmela. (Niña, inclínate.)

Don Ambrosio. ¿Qué desean? ¿Quienes son ustedes?

Tío Mariano. Haciendo otra reverencia. Servidor de usté. A Carmela. (Niña, agacha la cabeza.) A don Ambrosio. Pues aquí, un servidor, es el tío de Victoria... de Victoria... ¡Vamos! De la que usté... Con las manos quiere explicar finamente algo que no se atreve a decir. ¡Eso!

Don Ambrosio. ¡Ah! ¡Victoria! ¿Es usted tío de Victoria? ¿Hermano de Pepa, quizás?

Tío Mariano. ¡No lo permita Dios! Hermano del padre de Victoria. Pepa es hermana de la madre, hermana de mi cuñada, cabayero.

Don Ambrosio. ¡Ya! Al pronto no caí en la cuenta de quién pudiera ser Victoria. Como aquí en mi almacén la llaman todos «La Duquesita»... No, y bien mirado, merece la chiquilla el calificativo. Tan gallarda, tan noble, tan altiva... Parece una princesa de la sangre.

Tío Mariano. Sí; come espinacas todos los días, ¿sabe usté? Pero parese una prinsesa. Ahora que, a pesar de su afisión a lusir y a ir donosamente ataviada, ¿sabe usté?, lo único que a eya no le gusta son los pañolones de Manila.

Don Ambrosio. ¿Cómo?

Tío Mariano. A Carmela. (¿Qué te ha paresido la estocada?)

Carmela. A su tío. (Hasta la mano.)

Don Ambrosio. Contrariado (¡Esta gente. .!) De mal humor. Bien, bien; pues ustedes dirán. Y acaben pronto, que me esperan. Se trata...

Tío Mariano. (¡Ya le escuese!) Se trata sensiyamente, señor don Ambrosio, de desirle a usté que mi sobrina Victoria tiene novio.

Don Ambrosio. ¿Que tiene novio?

Carmela. Sí, señor: Manolo Cárdenas.

Don Ambrosio. ¿Un obrero de mi almacén?

Tío Mariano El mismo.

Don Ambrosio. ¿De modo que Pepa ha tratado de sorprender mi buena fe y, halagando mi honrada afición a la muchacha, me ha hecho hacer el ridículo?

Tío Mariano. Completamente.

Don Ambrosio. Está bien. Yo les juro a ustedes que me las pagará.

Tío Mariano. Si puede usté meterla en la cársel, no deje de haserlo.

Don Ambrosio. Algo peor que eso se me ocurre.

Tío Mariano. ¿Ahorcarla? Me parese muy bien.

Don Ambrosio. Escuchen mi plan. Pepa tiene que venir de un momento a otro. ¿Ustedes tienen inconveniente en traer aquí a Victoria ahora mismo?

Tío Mariano. Ninguno.

Carmela. No, señor.

Don Ambrosio. Pues háganlo y se lo agradeceré. Y respecto a Pepa... ¡ustedes serán testigos de mi venganza!

Tío Mariano. Si se trata de haserle daño, espere usté a que yo esté presente. Es un plaser que no quiero desaprovechar.

Don Ambrosio. Lo tendré en cuenta. Ahora, por Victoria.

Tío Mariano. Ahora mismo. Niña, camina. Señor don Ambrosio, hasta lueguito. Y dispénsenos usté el mal rato.

Carmela Yo lo que le pido a usté es que no eche a Manolo de su casa. Después de tó, er pobre no tiene la curpa...

Don Ambrosio. ¿Quién piensa en eso?

Tío Mariano. Niña, ¿quién piensa en eso? Anda ya. Don Ambrosio... Señor don Ambrosio... Vase con Carmela haciendo mil reverencias ridículas. Se marchan por la derecha último término.

Don Ambrosio. Encaminándose hacia la izquierda, por donde desaparece. ¡Está bien, está bien! Ya decía yo que esa vieja... ¡Ah! Pero me las paga, ¡vaya si me las paga!

Por la derecha primer término sale MANOLO cargado con un par de cajas que deja en escena.

Manolo. No he güerto a verla. Se conose que la tía la esconde bajo siete yaves; pero manque la esconda en er poso y tabique er brocá, soy yo capaz de haserme galápago pa encontrarla. Y tó es porque yo no tengo dinero, porque si yo tuviese dinero... ¡Qué rabia de ser pobre! Vase por donde entró.

Don Ambrosio. Saliendo por donde se fué, seguido de PEPA. ¿Y dices que el mocito ese que rondaba a tu sobrina trabaja en mi almacén?

Señá Pepa. Sí, señó.

Don Ambrosio. ¿Y se llama...?

Señá Pepa. Usté me va a dispensá, don Ambrosio, que no lo diga.

Don Ambrosio. ¿Cómo es eso?

Señá Pepa. Mire usté que si se entera mi Victoria...

Don Ambrosio. No se enterará.

Señá Pepa. ¿Usté me lo promete?

Don Ambrosio. Te lo prometo.

Señá Pepa. Pos se yama... Manolo Cárdenas.

Don Ambrosio. ¡Ah! Manolo.

Señá Pepa. ¡Don Ambrosio, por Dios, no le encargo a usté ná!

Don Ambrosio. Descuida. Volviendo la cabeza hacia la izquierda. ¡Antonio!

Señá Pepa. Sobre ascuas. ¿Qué va usté a hasé?

Don Ambrosio. A ANTONIO, que sale por la izquierda. Es un mozo del almacén. Vé al almacén y si está allí todavía Manolo Cárdenas dile que venga. Vase Antonio por la derecha.

Señá Pepa. Inquieta. ¡Pero, don Ambrosio...!

Don Ambrosio. Nada, mujer, no te apures.

Señá Pepa. Es que yo...

Don Ambrosio. Así se aclaran las cosas.

Manolo. Entrando en escena por la derecha, seguido de Antonio. Este se va por la izquierda sin decir palabra. ¿Yamaba usté?

Don Ambrosio. Sí; pasa, Manolo. Pepa gruñe al ver a Manolo. Ven acá. Manolo, gorra en mano, se acerca respetuosamente a don Ambrosio, el cual lo acoge afablemente. Vas a contarme punto por punto, como si yo no fuera tu amo, qué lazos te unían o te unen con la sobrina de la señora. Por Pepa.

Manolo. ¡Don Ambrosio!

Don Ambrosio. Habla, Manolo. ¿Es cierto que eres novio de Victoria?

Manolo. Es sierto, don Ambrosio.

Señá Pepa. ¡Mentira!

Manolo. ¡Verdá! Soy su novio, y la quiero y la querré mientras viva. Y eya también me quiere. Si era eso lo que deseaba usté sabé, ya lo sabe. Ahora... ¡haga usté de mí lo que le dé la gana!

Señá Pepa. Yendose hacia Manolo hecha una furia. La que va a hasé de ti un picao pa arbóndigas, voy a ser yo, so cara susia, embustero. ¿De cuándo acá mi niña te ha querío?

Don Ambrosio. Sujetándola. ¡Pepa!

Señá Pepa. Exaltada. ¿De cuándo acá, di, de cuándo acá? ¡Suérteme usté, don Ambrosio! Contesta. No quisiera más sino que estuviera aquí mi niña, pa vé si eras capaz de repetirlo delante de eya. No le haga usté caso, don Ambrosio. ¡Ay, si estuviera aquí mi niña!...

Don Ambrosio. Después de mirar al foro. Mira, mujer, te vas a salir con la tuya. ¡Aquí está!

Señá Pepa. Mudando de color. ¿Eh?

Entran en escena VICTORIA, CARMELA y el TÍO MARIANO. Carmela traerá oculto el pañolón de Manila que se sacó en el primer cuadro.

Tío Mariano. ¿Hay permiso? Aquí me cuelo. Al ver a Pepa echa a correr. ¡Mi madre! Carmela lo detiene y él, a prevención, se desprende disimuladamente de una correa que lleva a la cintura sujetándose los pantalones...

Señá Pepa. (¿Qué enserrona es esta?)

Manolo. Al ver a Victoria. (¡Eya!)

Victoria. Al ver a Manolo. (¡Él!)

Carmela. (¡Uy, la tía aquí!)

Don Ambrosio. Manuel... ¡abraza a tu novia!

Victoria. Asombrada. ¡Don Ambrosio!

Manolo. Abrazando a Victoria. ¡Victoria!

Señá Pepa. Intentando impedir el enlace. Pero, ¿qué es esto?

Tío Mariano. Echando a Pepa su correa en forma de lazo y sujetándola a la silla donde aquella está sentada. ¡Quieta aquí! Manolo, anda con eya.

Don Ambrosio. Esto es, Pepa, que de nada te han servido tus embustes y artimañas. Ya lo has visto. Cuando el amor es verdad, el mismo amor se defiende y triunfa. Y ahora, sal de aquí.

Victoria. Don Ambrosio, perdónela usté.

Señá Pepa. Yo, sobrina, ya ves, por ti... ¿Qué querría yo pa ti? .. Se abraza a Victoria, llorando.

Tío Mariano. Er yanto der cocodrilo. Cogiéndole a Carmela el pañolón de Manila que lleva oculto. Y aquí tiene usté su regalito, don Ambrosio. Ya le dije que a mi sobrina no le gustan los pañolones de Manila.

Don Ambrosio. Tomando el mantón y dándoselo a Manolo. Bien merezco la lección. Manolo, toma y ofréceselo tú como mi regalo de boda.

Tío Mariano. Muchas gracias, don Ambrosio. Pónte-lo, Victoria.

Victoria. Poniéndoselo. Viniendo de tus manos... No es desaire, don Ambrosio; es... ¡lo que debe ser!

Tío Mariano.

Y ahora, muchachos, a quererse mucho,
que con amor la vida no es amarga.

Al público.

Y aquí da fin, señores, el sainete;
perdón para sus faltas.

Madrid, Julio, 1914.

Obras del mismo autor

El caprichito, entremés.

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés.

Los ídolos, comedia en dos actos, en colaboración con Julio Pellicer.

Milágritos, entremés.

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

La copla vengadora, novela. (Publicada en «La novela de bolsillo.)

PRECIO: UNA PESETA